

ELEFANTE

JOSÉ ALTAMIRANO

UNO

A pesar de contar sólo ocho rebrotes desde su nacimiento, Yediel estaba presente en la Asamblea por su privilegiada condición de sucesor. Imbuido de tan alta responsabilidad, el niño observaba con expresión grave a Samur, su padre y actual Custodio, quien sentado con las piernas cruzadas bajo el cuerpo y el rostro oculto tras las manos nervudas, atendía el parlamento con la concentración esperada de quien asumiría la responsabilidad en una decisión crucial para la vida de la tribu.

Yediel se abstraigo de la letanía monótona y pausada del Destacado que hablaba en ese momento y pasó detalle al entorno familiar de la caverna, la más pequeña de las tres que albergaba al Pueblo. Habitada solamente por el Custodio, su familia y por el Dios, el resto de los integrantes del Pueblo se apretujaba en las restantes, cosa que para Yediel era motivo de envidia. Es que la caverna del Custodio era más difícil de calentar y la vida se tornaba mortalmente aburrida cuando el frío los confinaba en ella a veces durante días o incluso semanas y no les permitía siquiera ver a sus vecinos.

«Como ahora», pensó Yediel, tiritando pese a estar sentado junto al avaro calor que despedían al quemarse unos leños mojados y humosos mientras afuera la tempestad rugía mordiendo el filo de los riscos, gemía a través de resquicios y hondonadas y sacudía a su capricho la compacta sábana de gruesos copos de nieve que enmascaraban de alucinante blancura al paisaje agreste y mortificado. La tormenta se prolongaba en el tiempo y la hambruna encendía los ojos con brillo demente y animal, cerrando caminos posibles y apurando decisiones.

Sensaciones dispares embargaban al niño: orgullo porque su padre era quien tomaría la decisión y pánico al pensar un futuro donde su criterio dictaría sentencia de vida o muerte para los integrantes más débiles de la tribu. Sacudió la cabeza para alejar estos pensamientos y prestó atención al Destacado. Era Urgo, el cazador:

—...Sabemos, Samur, que la palabra de la Ley es clara: el Dios no ayudará si a su juicio decide que la petición está alentada por la pereza. —La voz del hombre cubierto con pieles hediondas y mal curtidas se quebró por la frustración y guardó silencio un momento:

—¡Pero en verdad digo, aquí y ahora, que este no es el caso! Hicimos todo lo posible... perseguimos a Perro, de ágiles patas y piel áspera, a través de mucho espacio por la nieve, pero la manada corrió más y mejor que nosotros. Luego encontramos y seguimos las huellas de Alce, el de abundante grasa y valiosa cornamenta, pero al segundo día una borrasca ocultó las marcas.

El Destacado dejó agonizar su relato en la pausa. Después, en voz baja y mirando el fuego, terminó:

—Al pie de la montaña divisamos a Elefante.

Los hombres se removieron inquietos y muchas miradas buscaron en las caprichosas formas creadas por la tormenta la figura del mítico animal. Elefante es el de mayor tamaño entre los sobrevivientes; es una montaña de carne, huesos y grasa que lo protege del frío. Pero también es impenetrable piel más dura que la madera, recubierta de largo pelaje. Y temibles colmillos que se curvan hacia arriba. Es trepidante monstruo cuya carga causa pavor, de patas tan gruesas como troncos, capaces de aplastar al más fornido cazador como a un débil insecto.

Yediel había escuchado en rueda de aprendizaje todo lo referente a Elefante. El Destacado más viejo de la tribu les contó de la vez que el Pueblo, sin ayuda del Dios, mató y comió a Elefante. Fue una faena muy, pero muy difícil que costó la vida de tres formidables cazadores.

Eran otros tiempos, transcurridos durante los primeros rebrotes del abuelo del padre del Destacado que enseñaba. Eran tiempos en que la tribu era numerosa en cazadores porque el Gran Río de Hielo aún no los había obligado a subir a la montaña y en el valle el trigo y los animales eran abundantes, sobre todo en las épocas del rebrote. El Pueblo había acorralado a Elefante; toda una multitud rasguñando su piel con lanzas de madera dura afilada al fuego o arrojándole rocas grandes como puños, que rebotaban en su dura cabezota. Elefante, enfurecido, había cargado una y otra vez contra los cazadores, aplastando con sus grandes patas a tres que no fueron lo suficientemente ágiles para apartarse a tiempo. Contó el Destacado que fue la furia lo que perdió a Elefante, ya que no advirtió el puente de hielo entre dos barrancas al que los cazadores lo habían conducido con astucia y habilidad. El hielo se abrió bajo el peso de Elefante y el animal cayó, destrozándose contra las piedras del fondo. Fue la única vez en que el Pueblo recuerda haber dado muerte a Elefante sin ayuda del Dios.

DOS

Yediel se obligó a prestar atención a la asamblea. Kora, una anciana Destacada de más de treinta y cinco rebrotes, hablaba:

—...Casi no hay niños. Se mueren ya en el vientre. Y si nacen, se mueren porque la mujer no tiene leche. Y si la mujer tiene leche, los mata más adelante el frío; son pocos los niños en la tribu...

Su voz era un ruego cuando miró directamente a los ojos del Custodio:

—Elefante rellenaría de grasa sus cuerpos hasta el próximo rebrote. Haría que sus pieles se tensen alrededor de la carne y los protegería del frío. Samur, sabes que hoy yo digo una verdad.

Yediel observó como por el ceño del Custodio cruzaba una negra nube de remordimientos. Su padre le había contado cómo, al morir su madre antes que él cumpliera su primer rebrote, Kora lo había amamantado a costa de la vida de su propio niño, sacrificándolo para que el Pueblo no careciera de Custodio en el futuro, cuando Samur muriera.

Porque el cargo de Custodio es hereditario. Así es y así deberá ser, eso marca la Ley dictada por el Dios y así se lo enseñó el padre de su padre el día en que caminó hasta el Gran Río de Hielo para morir.

Yediel recordaba ese día acaecido el rebrote anterior. Su abuelo era muy, pero muy anciano y en la tribu nadie recordaba a otro que se hubiese inutilizado a tan avanzada edad. Contaba casi cincuenta

rebrotos y podría haber postergado su viaje al Gran Río otro par de rebrotos más, de no haber sido malamente mordido por Lobo en una pierna la vez que recogía bayas en la ladera. El viejo arrastró su pierna lastimada por un tiempo, pero cuando advirtió que no sanaría y que sería una carga para la tribu, talló un bastón, abrazó a su hijo y le pidió a Yediel que lo ayudara a llegar a la ladera.

El sol brillaba, y el aire era amable. Bajo el abrigo de las pieles el frío no mordía las carnes y en los parches de tierra el grano asomaba sus tallos, tiernos y succulentos.

Descansaron sobre una roca plana situada en el borde del Gran Río y permanecieron largo rato en silencio, escuchando el rumor del hielo en su imperceptible descenso ladera abajo. El anciano suspiró:

—Yediel, hijo de mi hijo y mañana Custodio de la Ley del Dios, como hoy es tu padre, como ayer fui y como antes fue mi padre y el padre de mi padre y así desde el principio de los Tiempos Helados... Ha sido mi privilegio haber vivido una larga vida, tanta que hoy puedo instruir sobre los tiempos antiguos al sucesor de mi sucesor, ya que esto acaece al Custodio cuando cumple su séptimo rebrote... No por otro motivo postergué mi viaje al Gran Río todo este tiempo.

»Haz de saber, Yediel, que los Tiempos Helados tuvieron un principio y tendrán un final. Esto que te digo no está hablado en la Ley, pero si todo lo que empieza termina, también terminará el frío y la tierra volverá a ser cálida, los animales mansos y abundante el grano. Entonces y sólo entonces el Custodio descansará de la carga que significa mantener con vida a Dios. Pesada carga que obliga muchas veces a consentir la muerte por hambre de los más débiles entre el Pueblo; el Custodio sabe que cada vez que Dios despierta para conseguir carne a la tribu, muere un tramo de su vida. Y cuando Dios muera, cuando el ritual no logre despertarlo, el pueblo estará condenado a conseguir el sustento exclusivamente por sí mismo, en tiempos que se aproximan duros ya que no hay indicios del fin de los Tiempos Helados.

»Haz de saber también que la vida de Dios pende de un hilo muy delgado: el ritual. Cualquier cambio, cualquier omisión del encargado de su Custodia en el sagrado acto del ritual, lo matará tan ciertamente como no alimentarlo con la mejor grasa en cada rebrote.

Esto y mucho más habló su abuelo en aquella ocasión. Caía la tarde y el sol incendiaba las cumbres nevadas cuando el anciano se llamó a silencio. Al cabo de un rato, con un suspiro, el viejo levantó su cuerpo tullido de la roca y sin una palabra, sin un gesto de despedida y sin volver la mirada atrás, se alejó ladera abajo apoyado en el bastón.

Yediel lo había observado marchar hacia el Gran Río de Hielo con el alma dolorida. Extrañaría al anciano. Pero la Ley era clara al respecto: nadie incapaz de procurarse su propio sustento tenía derecho a ser una carga para la tribu.

TRES

—...El grano ya casi acabó, apenas si quedan un par de tinajas. Está hinchado y casi podrido, pero es lo único que tenemos para llevar a la boca. Desde que tuvimos que subir a la montaña para escapar al avance del Gran Río de Hielo, es escasa la tierra de labranza y muy corto el período de rebrote.

Con un sobresalto, Yediel retornó al presente de la caverna fría y maloliente, de la tormenta que afuera redoblabla su furia y a la voz del Destacado, un Labrador esmirriado de piel curtida y correosa.

—La última cosecha se congeló en las varas y peleamos duramente con los animales por las raíces y las frutas. Para colmo, sabemos cuán colosal es el hambre de Elefante. Muy pronto no quedará en la zona vegetal alguno... Esta es la situación, Samur, nada más puedo agregar.

La asamblea guardó silencio. Yediel escrutó los rostros de los Destacados. Todas las miradas estaban clavadas en los miserables leños de la fogata. Esperaban la decisión del Custodio. Si era afirmativa, en cuanto amainara la tormenta un grupo escogido entre los más fuertes y valerosos cazadores partirían en busca de Elefante. Y Dios marcharía con ellos.

¡Ah!, si la respuesta fuera afirmativa. Entonces el resto del pueblo se abocaría con vigor, renovado por la esperanza, a recorrer la zona y conseguir madera para asar a Elefante. Y esa noche se comería hasta el hartazgo y la grasa chisporrotearía en la hoguera como no ocurría en tiempos y las mujeres mirarían con ojos húmedos de agradecimiento cómo se saciaban sus cachorros...

¡Ay!, si la respuesta fuera negativa. Volver a las cavernas y enfrentarse con la mirada de la familia, extraviada por la desesperación y el hambre. Arrojar en un rincón sólo acompañado por los calambres de un estómago famélico, para no ver a los niños royendo el último mendrugo y esperar el amanecer para empuñar la lanza y salir a buscar alimento o a morir en el intento...

Yediel fijó la mirada en el rostro sombrío de su padre. Él le había contado de la vez, cuando niño, en que el Dios había despertado. Narró como el abuelo había pasado toda la noche con Dios en sus brazos junto al fuego, calentándolo para que volviera a la vida. Cómo se alimentaron él y su padre con la grasa de Dios para recibir Su fuerza en la cacería y cómo en esa ocasión el ritual se llevó a cabo hasta el último paso, aquel que sólo debía cumplirse si se deseaba que el Dios despertara.

Samur abrió los ojos que había mantenido cerrados hasta entonces y su mirada se cruzó con la de Yediel. Y ambos supieron que la respuesta sería afirmativa. Samur habló con voz queda:

—Esta noche rogaré a Dios para que despierte y nos ayude.

Los Destacados reunidos en asamblea nada dijeron, pero un temblor de alegría recorrió sus cuerpos. En silencio, con la cabeza baja, uno a uno fueron abandonando la caverna y se diluyeron en la borrasca. El Custodio y su sucesor quedaron solos, con la única compañía del aullido del viento, lúgubre retreta del día que moría...

Samur arrimó al rescoldo de la hoguera varios leños de su menguada provisión. Cuando las llamas empujaron el frío caverna afuera, se dirigió al rincón donde envuelto en suaves pieles escogidas dormía Dios su sueño varias veces centenario. Con reverente actitud lo despojó de su abrigo y lo acercó al fuego mientras musitaba los ruegos del despertar.

Lentamente, Samur fue apartando trozos de grasa del cuerpo de Dios, y amasándolas en pequeñas bolas las depositaba en una piedra al lado de la hoguera para que se calentaran.

Comió él la primera y alcanzó la segunda a su hijo, principiando de ese modo el ritual. Sin apuro a pesar del hambre, ambos se alimentaron con la grasa sagrada, sintiendo como la vida aceleraba el pulso y como la sangre se calentaba en las venas, preparándolos para la jornada que se aproximaba.

Después, recitando cuidadosamente a dúo las instrucciones del ritual, el Custodio acunó a Dios entre sus brazos y apartó un cargador de la media docena que aún quedaban. Lo insertó en su lugar con un chasquido, tiró la palanca del cerrojo hacia atrás, verificó el ingreso de una bala en la recámara y quitó el seguro.

FIN

Título Original: *Elefante*.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 3.